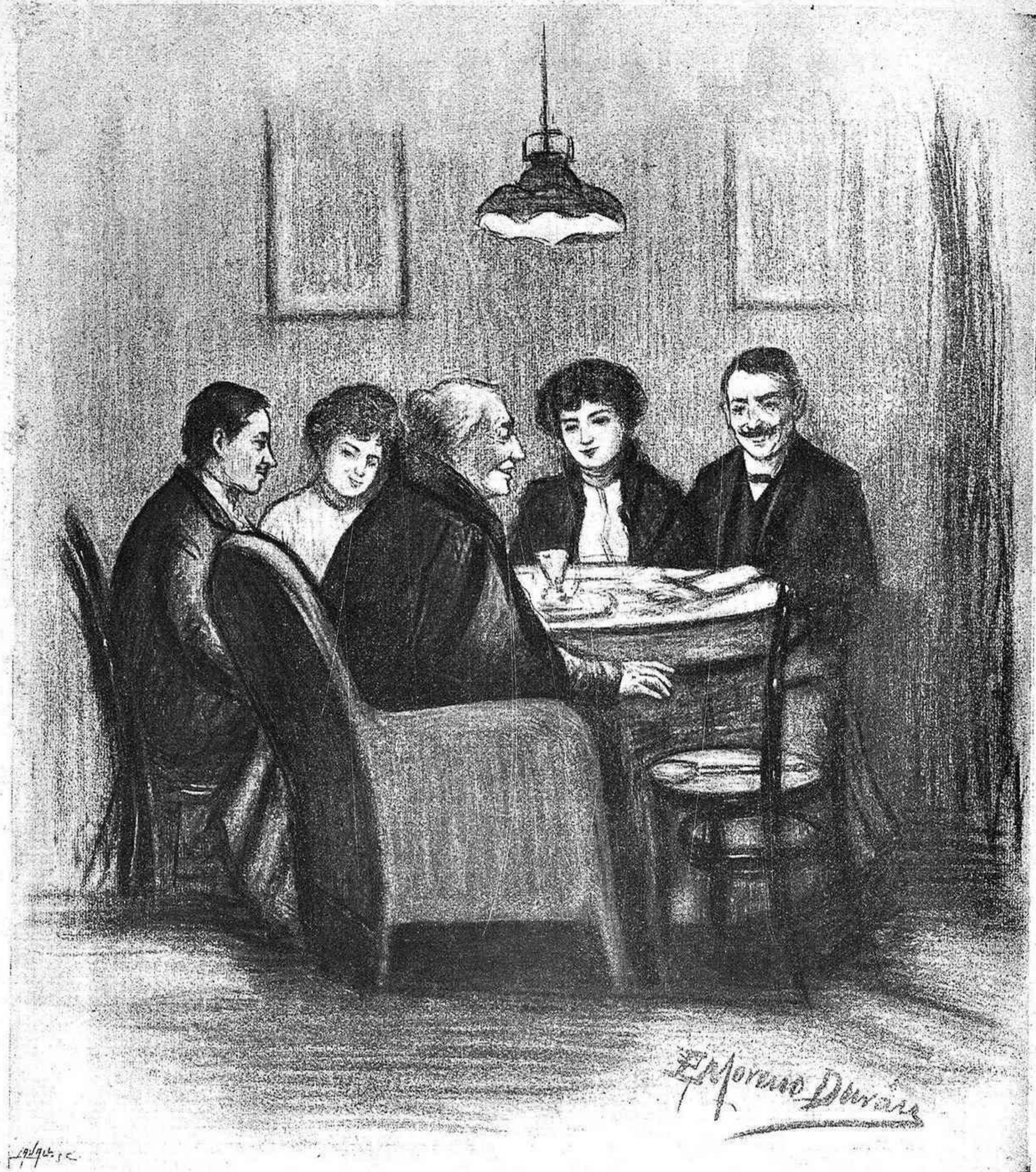


LOS GRANDES MAESTROS: **GLUCK**

ΠΕΝΝΑ Υ ΣΑΡΤΖ

Número 163





EL BRASERO

DESDE que las corrientes de modernismo que nos subyugan han realizado el milagro de que las personas que habitan pisos quintos puedan, gracias á la nueva clasificación que se hace de aquéllos, pregonar su residencia en uno, principal ostentoso ó segundo tolerable; y han retirado á las personas que quieren plaza de distinguidas á los arrabales tan saturados de tradiciones y tan pintorescos en medio de sus deformidades; y han llenado las habitaciones de cachivaches de Sevres y pantallas de encaje de Almagro, al propio tiempo que han ido dejando limpias las despensas de jamones asturianos y cecina extremeña; y han introducido

las *chaise-longues* con lo que debiera haberse empleado en llenar la alacena de verdosas graderías, donde en un tiempo se guardaron las compotas y el arroz con leche, hechos por las sebosas manos de la tosca alcarreña que se eternizaba sirviendo á sus amos, y en favor de los cuales, en los días que repicaban gordo, daba con aquellos platos, por un lado, las pruebas de sus escasos conocimientos culinarios, y por otro el testimonio de su filial adhesión á la casa en que moraba; y han confortado los hogares por medio de invisibles cañerías; y han desterrado las camillas de faldas de bayeta verde, alrededor de las cuales lo mismo se comentaban las noticias

que de tres días fecha comunicaba el *Diario de Avisos*, que se jugaba al *mus* y á la *aduaná*, ó se daba principio al proceso de unos amores; desde que estas corrientes, repito, se han ido generalizando é infiltrándose en nuestras patriarcales y clásicas costumbres, como el humo del tabaco, que sale de la pipa en espirales azules, inunda poco á poco todos los ámbitos de la habitación hasta rellenar los últimos rincones de la misma y los artísticos contornos de las molduras alemanas que festonean lienzos y acuarelas; el brasero, el reluciente brasero ha desaparecido de la indumentaria y el adorno de las casas modernas.

La generación actual, que tiende en sus gustos á la resurrección de todo cuanto hizo las delicias de aquellas respetables señoras que no conocieron los expresos, ni otro peinado para sus cabezas que las cocas de su pelo, ni más adorno que la cofia de rizadas puntillas negras esmaltadas de lazos de color de violeta, ni más tapiz para su sillería de maciza caoba que el *reps* verde ó el damasco grana, cubierto invariablemente por la estrella de *crochet* que recordaba los días risueños de la niñez transcurrida en el colegio, ni más recurso para aliviar el frío de los ladrillos grandes, ordinarios, movedizos de sus pavimentos, que la estera rayada de pleita, salida de los talleres de reclusos ú hospicianos, no ha resucitado el uso del brasero de Lucena, primo hermano del candil de tres picos, alimentado por el oloroso aceite sacado de los olivares andaluces.

¿Cómo podrían compaginar nuestras abuelas, si, lo que no es de esperar, levantarán la cabeza, sus parches negros, aliviadores de la jaqueca sistemática, sus esmaltadas tabaqueras, sus colosales pañuelos de ramajos para las narices, sus suavísimos vestidos de nipsis ó de seda *chiné*, su chocolate con yemas de coco y las visitas de los reverendos Padres de la Merced, con la verdadera revolución que hemos introducido en el moderno decorado de nuestras casas? ¿Cómo recibir dignamente al almibarado Abate, sin el estrado correcto y simétrico, sin las láminas con las interesantes historias de santos ó Gonzalo de Córdoba, sin el Niño Jesús de talla, adornado con plumas, cintas y abalorios, metido en un ahuevado fanal con guardia de floreros de trapos y muralla de caracolas sonrosadas; sin el sahumerio de espliego, espolvoreado sobre las brasas contenidas en el enorme brasero, limpio como una patena y bruñido á fuerza de polvos de Segovia?

El brasero simboliza un tiempo en el que, á cambio de un poco de mogigatería y un mucho de escrúpulos monjiles, imperaba algo en las costumbres domésticas la política, los sentimientos y el teatro, que ha hecho perfectamente imposible nuestra censurable indiferencia por todo; tiempo en que la fe

y la esperanza solucionaban muchas cuestiones, proporcionando una momentánea felicidad, pero felicidad al cabo; tiempo en que el calor de los corazones satisfacía, sin echar de menos el calor de la calentura que hoy se necesita para luchar en los agitados vaivenes de la vida moderna; tiempo en que el ideal del hogar no había sido reemplazado por el cosmopolitismo imperante; tiempo, en fin, en que el escepticismo no se había implantado en la práctica, y era solamente algo así como las sombras chinescas que asustan ó divierten á los niños en un momento; pero inmateriales, incorrectas, diluidas en el foco luminoso, impalpables, de imposible realización.

Al amor de la lumbre del brasero, removida constantemente por la badila, como los recuerdos remueven las brasas del corazón; aprovechando la bocanada del fuego consolador que provocan las *firmas*, y de las cuales, en primer término disfruta el gato, acurrucado sobre la tarima, se entretajeron planes políticos que han influido poderosamente en nuestra situación actual, se comentaron los primeros pasos por la senda de la fama, de Bretón de los Herreros; se hicieron los primeros y más sabrosos juramentos de amor nuestros padres; se repitieron los versos leídos la noche antes en los salones literarios; se comentaron las recepciones espléndidas del palacio de la Montijo... y se han remendado más calcetas que nuevas han producido los telares de Cataluña.

El brasero atraía al hogar, como atrae la mujer amada, los hijos, la lectura de un libro ó el sillón predilecto. Una vez que ha desaparecido el hogar, ¿dónde buscar sus encantos?

El brasero tiene algo de sagrado. En las sacristías de todas las iglesias existe todavía, y Fortuny no se olvidó de colocarlo en medio de cuantos majos, toreros y manolas viven para el arte en su cuadro *La Vicaria*.

El brasero, difundiendo el calorcito tibio que envidiará, sin duda, el moderno *choubersky* y no posee la chimenea francesa; templando la casa modesta que no puede permitirse otros lujos; desentumeciéndolo cariñosamente los miembros del pobre, rígidos y amaratados por los inclementes fríos y la plateada escarcha del invierno; convocando en torno suyo, con chisporroteos de alegría, á la familia divorciada por el trabajo durante todo un día; ofreciendo con el sahumerio en él vertido enjugar los efectos enervantes de la lluvia, se me representa como el incensario, que funde en una todas las esperanzas, en uno todos los pensamientos y en uno todos los corazones de cuantos envuelve entre sus oleadas consoladoras y perfumadas.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO



El sol de la Bohemia ó la Bohemia sin sol

XI

¡DÍA NEFASTO!

EL año de 1855, en el *ominoso bienio*, reinando doña Isabel II, y siendo Presidente del Consejo de ministros el general Espartero, Pedro A. Alarcón, que fué después célebre novelista, publicó un periódico festivo en colaboración con otros escritores, anunciándolo en carteles en los que debajo del título (que no puedo recordar), figuraba una jocosa lista de suscriptores, en la que se parodiaban nombres de personas á la sazón notables.

Voy á consignar algunos:

Don Pasquin poquito Chaleco. (1)

Don Bonito al hijo se rinde. (2)

¿El dí que derrivas? (3)

¡Porfavor quemudes de Casco! (4)

Usté mehuele á René. (5)

¡Niquemedes Pandos días! (6)

Baldemoro el Portero. (7)

El Conde se lo cena. (8)

Advierto al lector que se fije en los dos últimos nombres parodiados, que resultan una profecía.

Y dicho esto, voy á ocuparme del simpático bohemio repentista Guyón. Éste, como ya sabemos, estaba de huésped en la *Posada secreta*, ó sea *Casa de dormir* del Perdis de las medias negras, en la cual había la costumbre de hacer levantarse á los pupilos á las ocho de la mañana, para recibirlos á las siete de la tarde, costumbre que no regia con las tres Gracias, Alaminos, López el sucio, y el susodicho Guyón, cuando pagaban puntualmente el hospedaje ó se retrasaban poco.

Pero fué el caso, que este último habíase descuidado lamentablemente en el pago, con gran disgusto del Perdis, no obstante su benevolencia, lo cual supongo causa de que una mañana despertasen á Guyón muy matinalmente, el patrón, su encantadora sobrina Juanita, y la criada gallega. El primero traía unos zorros, la muchacha unas rodillas, y la sirvienta un barreño lleno de agua.

—¡Eh, Guyón, arriba!—gritó el Perdis.

Guyón se removió en su cama, diciendo: «me he acostado muy tarde.»

—¡Pues, qué remedio! ¡Hoy hay que limpiar toda la casa; arriba, pues!

El bohemio se levantó refunfuñando, se vistió y echóse á la calle. Al desembocar en la Ancha de

San Bernardo, vió á Pelayo del Castillo que bajaba por ella, y le esperó.

—¿De dónde vienes?

—De dormir en las afueras; pero no he podido hacerlo; he tenido un cólico que me ha hecho echar cuanto tenía y no tenía en el cuerpo. Estoy partido de sueño.

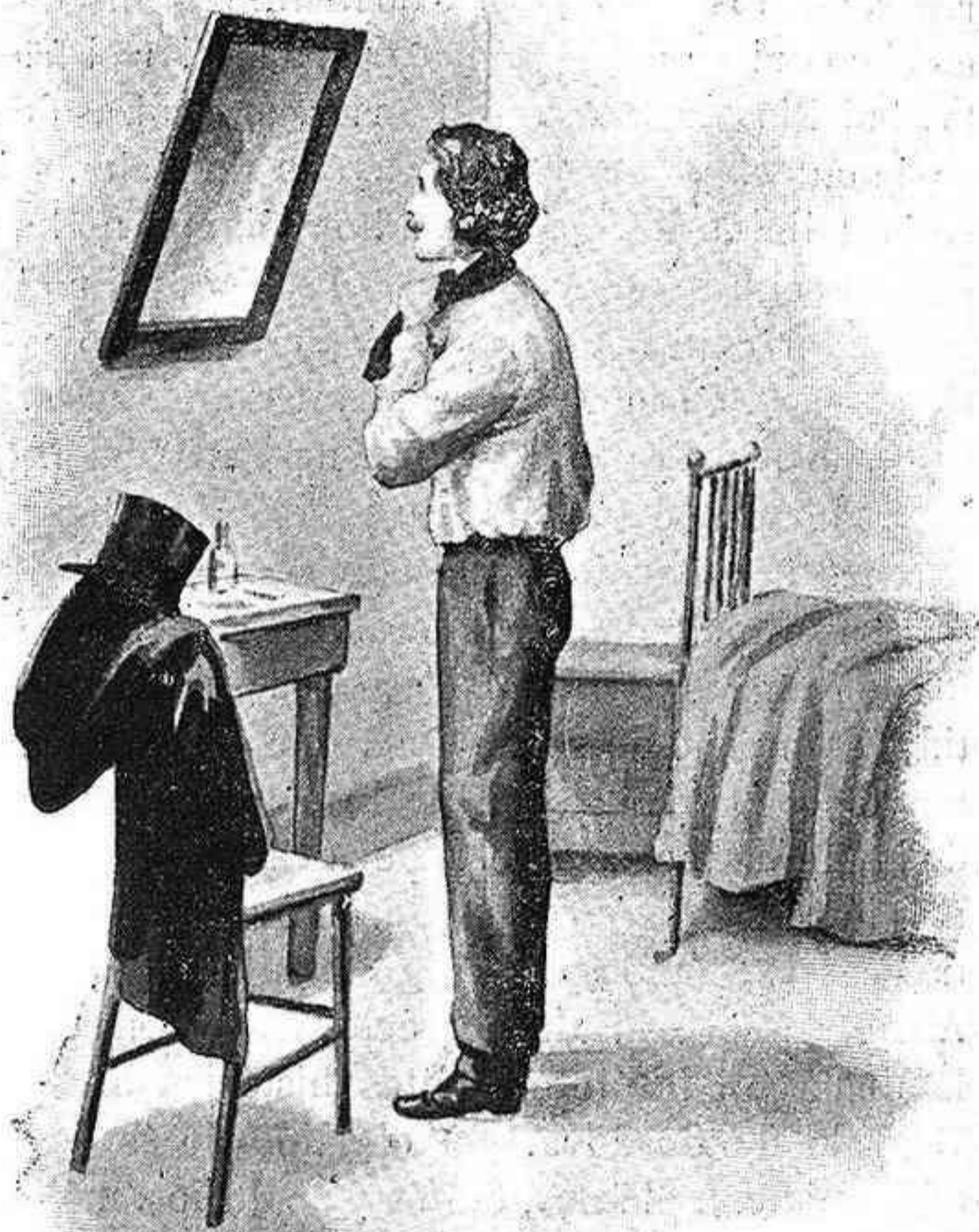
—Pues eres cómplice mío, porque á mí el maldito Perdis me ha robado cuatro horas de sueño.

—¿Tienes dinero?

—Diezcéntimos, pensaba tomar un cohombro y una copa de aguardiente, mas puesto que somos dos...

—Los cohombros ensucian el estómago; bebamos lo blanco.

—Pues, entonces, vamos á casa del Urosas; es aficionado á versos y puede que nos fie algo.



Entráronse en la calle de los Reyes, y luego en un almacén en donde había diferentes vinos y licores. El amo y un dependiente estaban en el mostrador. Guyón espetó al entrar la siguiente redondilla:

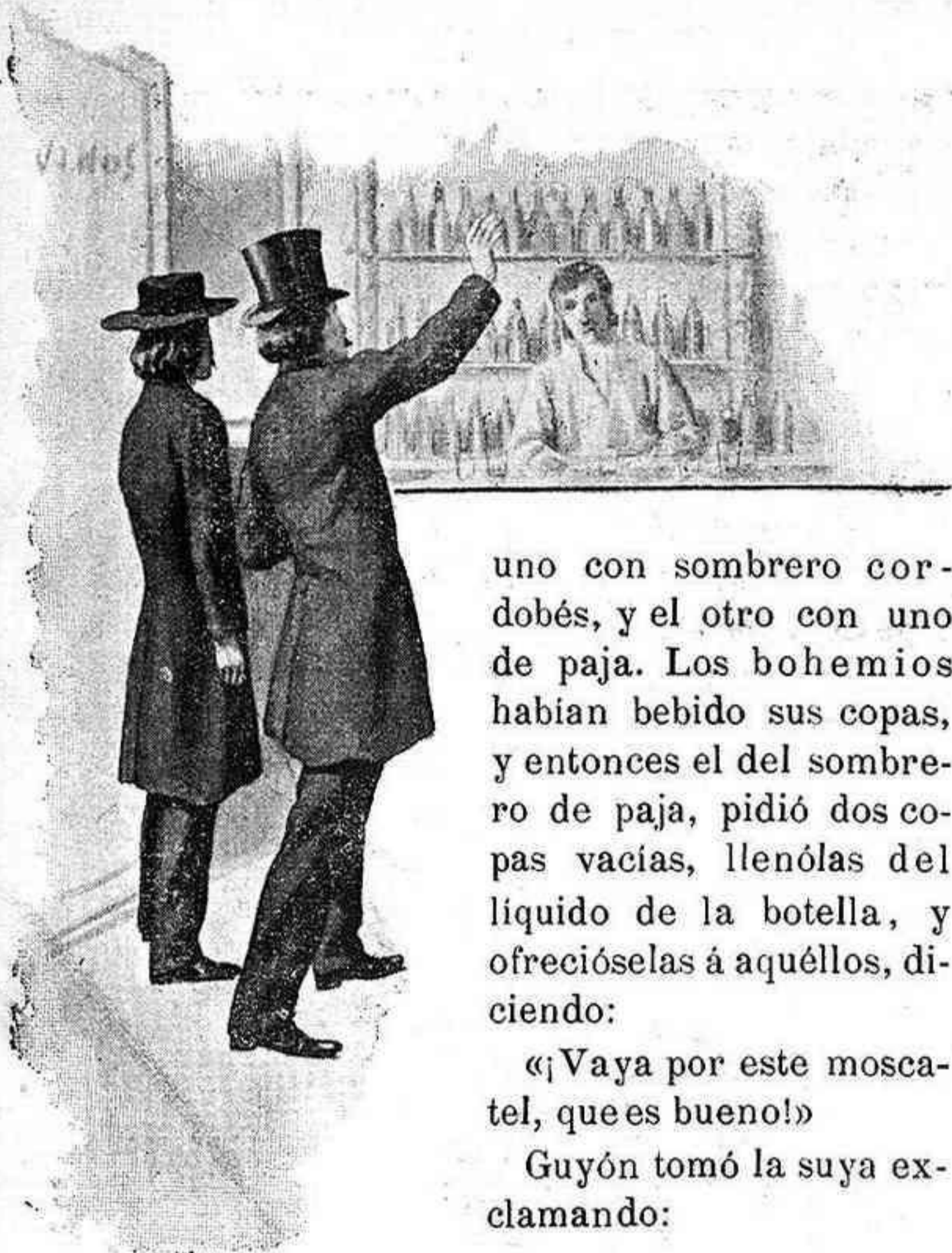
Aunque me falta, en verdad,
La segunda de estas cosas;
Deseo al amigo Urosas
Salud y prosperidad.

Urosas, ó séase el amo, se sonrió, y puso sobre el mostrador dos copas de aguardiente.

En el exterior de la tienda había dos bancos corridos incrustados en la pared, frente á uno de ellos

- (1) Don Joaquín Francisco Pacheco.
- (2) Don Benito Alejo Gaminde, que perdió un pleito contra su hijo.
- (3) El duque de Rivas.
- (4) Salvador Bermúdez de Castro.
- (5) José Güell y Renté.
- (6) Nicomedes Pastor Díaz.
- (7) Baldomero Espartero.
- (8) El Conde de Lucena. *General O'Donell.*

una mesa, y sentados á esta, sobre la que se veían una botella y dos vasos, dos hombres bien vestidos,



uno con sombrero cordobés, y el otro con uno de paja. Los bohemios habían bebido sus copas, y entonces el del sombrero de paja, pidió dos copas vacías, llenólas del líquido de la botella, y ofrecióselas á aquéllos, diciendo:

«¡Vaya por este moscatel, que es bueno!»

Guyón tomó la suya exclamando:

¡Acepto! ¡Voto á Luzbel,
esta higiénica amalgama;
lo que el aguardiente inflama
lo sosiega el moscatel!

—Según parece ¿usted es poeta?

—Sí, señor, y este amigo (por Pelayo) también, y morrocotudo.

—Pues, hombre, me vienen ustedes como de perlas, si quieren ganarse unos cuartejos.

—Usted dirá.

—Yo soy agente y corredor de varias fábricas de fósforos, y necesito unas coplitas para ponerlas en las tapas de las cajas.

—Nada más fácil, si el amigo Urosas tiene la bondad de proporcionarnos un pliego de papel y un tintero.

El amo alargó lo que se le pedía, Guyón partió el pliego y dió la mitad á Pelayo. El del sombrero de paja les indicó nombres de fabricantes de cerillas, con otras advertencias; y nuestros insignes vates endilgaron las siguientes ocho coplas:

«Lo juro á fe de español,
pues es verdad comprobada;
los fósforos de Losada
son los virreyes del sol.»

«Á pesar del zurriburi
que en la industria se propale,
no hay fósforo que se iguale
con el fósforo Apudurri.»

«Quiso asir la luz Zoroastro
y no lo pudo lograr;
hoy día cualquier pelgar
lleva en su bolsillo un astro
competidor del solar.»

«Desde el Ganges hasta el Bósforo
en uno y otro hemisferio,
extiende su útil imperio
la brillante luz del fósforo.»

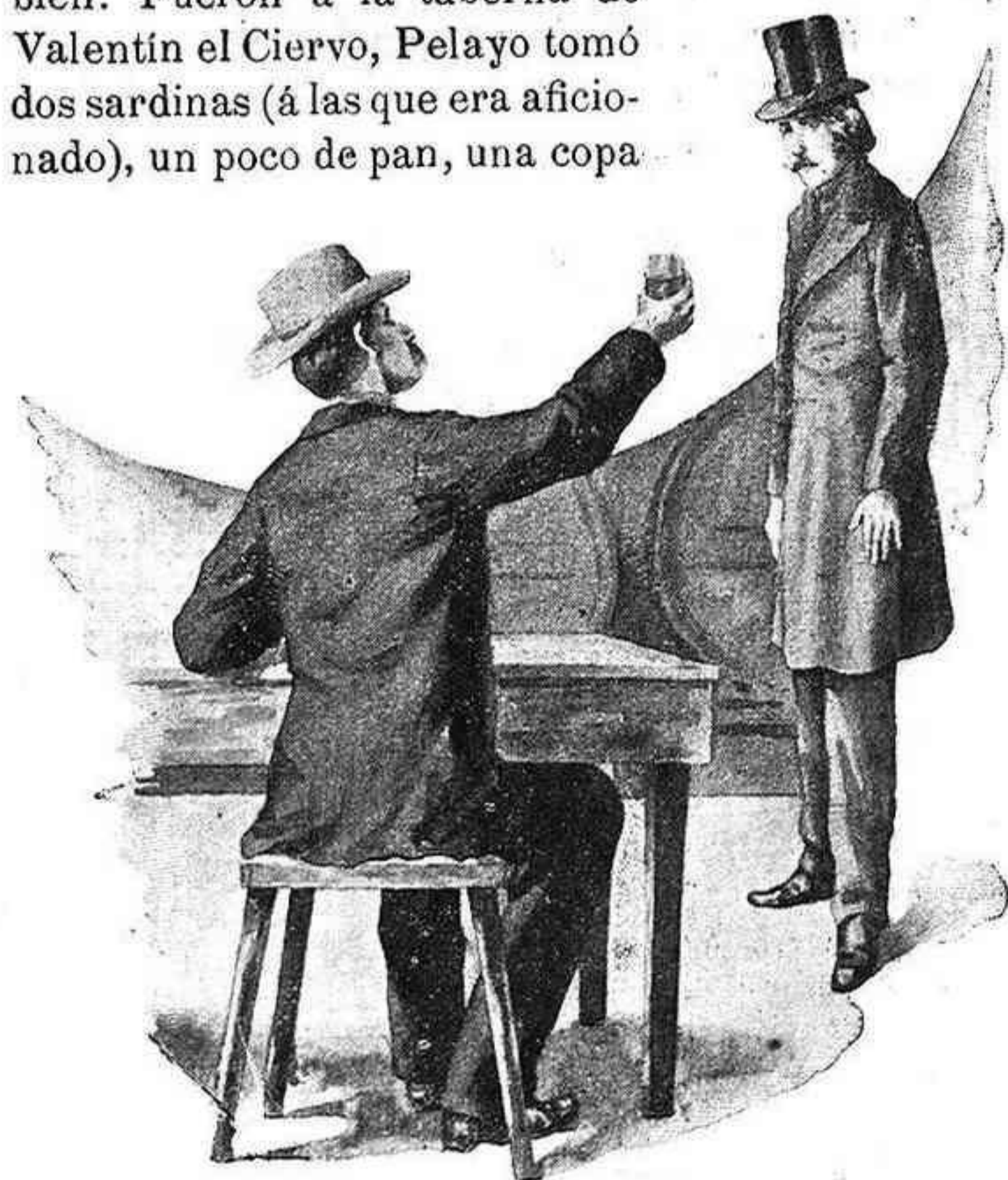
«Dice un autor que lo entiende,
y es un axioma que halaga;
que cuando una luz se apaga
con un fósforo se enciende.»

«Despiden luz tan baril
Los fósforos de Barriente,
que aunque en esta caja hay ciento
equivalen á cien mil.»

Si se envenena un amante
por haber perdido el seso
«¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?»

«La reina Isabel segunda
nos permitió ¡oh, rasgo augusto!
que pusiéramos su busto
de estas cajas en la funda.»

Leyó el del sombrero de paja estas coplas y debieron parecerle bien, puesto que pagó el gasto con una moneda de cinco duros (entonces había algunas) y dió cuatro pesetas á cada uno de los ilustrés copleros. Salieron éstos del almacén, pesarosos de no estar bien dormidos en día que empezaba tan bien. Fueron á la taberna de Valentín el Ciervo, Pelayo tomó dos sardinas (á las que era aficionado), un poco de pan, una copa



de vino y dos de aguardiente. Guyón, más práctico y menos ruín, engulló un plato de guisado, rocia-



do con una botella de vino. Pero ambos á dos no comieron ni bebieron con brío; el sueño les tenía desvencijados.

—No puedo tenerme en pie —dijo Guyón al salir á la calle.

—Ni yo.

—Volvería á dormir la siesta en casa, pero tendría de dar dinero al Perdis.

—Yo voy á tumbarme al Retiro; conozco un sitio que es el oasis del sueño.

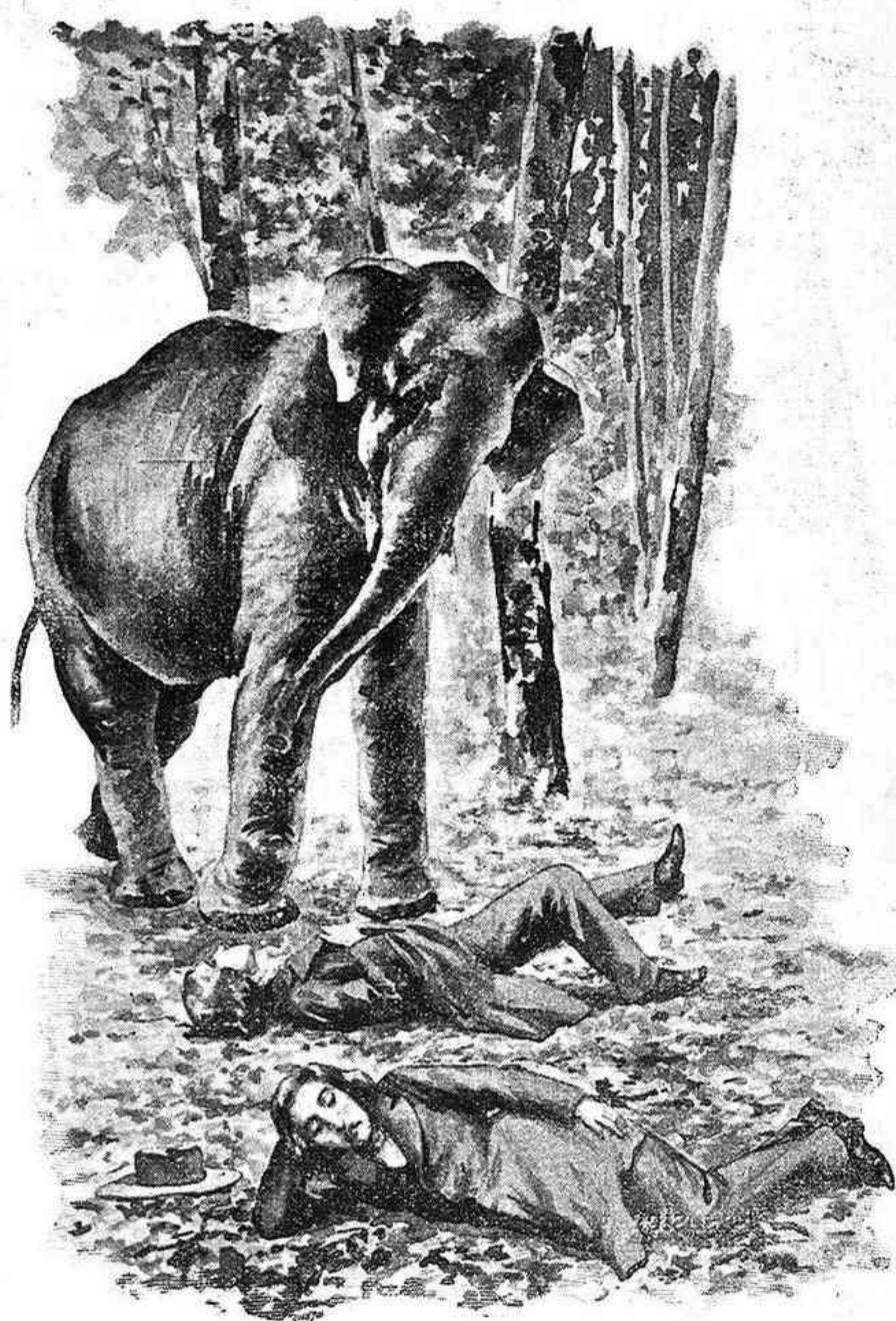
—Seré tu consorte. Vamos, pues.

Fueron al Retiro hacia el lado de Atocha, sin dárseles una higa del extraño aspecto que ofrecía Madrid. La noche anterior había habido crisis ministerial; el general O'Donnell se había cenado al general Espartero, substituyéndole en el gobierno. La milicia nacional ocupaba los puntos estratégicos de la población, y las tropas de la guarnición hallábanse replegadas en los dos extremos de aquélla. Los dos bohemios tendiéronse á la sombra de un cerro que formaba una especie de cavidad, y quedaron profundamente dormidos. Entonces, como en todas las cosas del planeta existe un íntimo enlace, sucedió un percance que llamaré *antibohémico*. En la casa de fieras del Retiro había en aquel tiempo un elefante del sexo femenino, mansa, pero muy acalorada, como suelen ser las hembras, por lo cual la llevaban todos los días á bañarse al *estanque de la elefanta*. Aquel día llevaron á la paquidermo á refrescarse según costumbre, y ella iba mansa y tranquila, pero de repente sonó una descarga de artillería formidable, y asustado el trompetudo animal de aquel ruido inusitado, sacudió su apéndice nasal, y rompió á correr. Sabido es que los elefantes, no obstante su mole, corren poco menos que caballos,



y entonces la del Retiro corrió más doblemente asustada por las descargas que se repetían y por los gritos de sus conductores. Salióse del camino del baño, y traspuso á campo traviesa los vericuetos

que por aquella parte abundan, vió una cavidad que parecía un boquete, en donde reposaban nuestros inclitos bohemios y pasó por encima de ellos, rom-



piendo una costilla á Guyón medio aplastando una pierna á Pelayo.

¿De qué provenían aquellas espantables descargas?

La guarnición de Madrid era escasa, y O'Donnell para no perder hombres, determinó apoderarse de la población horadando interiormente los tabiques de los edificios, como en efecto lo verificó, mas por vía de prólogo asustadizo, hizo que la artillería disparase en el Prado y Botánico algunas estrepitosas descargas sin proyectil. El general Espartero se fué á Logroño, y en vista de que los abandonaba, los valientes milicianos nacionales, que se habían hecho fuertes en el Congreso, en el Palacio de Medinaceli y en la cuesta de Santo Domingo, depusieron las armas.

Á las seis de la tarde todo había concluido, pero ¡qué conclusión!

Pelayo y Guyón fueron llevados al hospital, Escamilla, que era muy tímido, pasó las horas de jarana en una carbonera de donde salió lleno de tiznones y cucarachas. Las tres Gracias bohemias no pudiendo dedicarse á sus respectivas industrias se comieron los codos de hambre, á López el sucio le rompieron en una carrera su frac marrón... ¿Á qué proseguir tan lamentable historia?

Sólo si haré notar que titular día nefasto, aquel día, no ha sido exceso.

Lo fué para bohemia y para la libertad.

F. MORENO GODINO



CUÉNTANSE de los toreros, infinidad de ocurrencias y chascarrillos, muy graciosos algunos de ellos.

Recopilando los que andan sueltos en periódicos y libros, habría materia suficiente no ya para escribir un artículo en una revista de la índole de PLUMA Y LÁPIZ, sino lo bastante para llenar un tomo de abundantes páginas.

He aquí, cogidos al azar de entre los que tenemos coleccionados, algunos:

Cuando se celebró en Sevilla una comida en honor de los Infantes don Francisco de Paula y doña María Carlota, con motivo de su visita á dicha capital, el célebre diestro Manuel Lucas Blanco dirigióles el siguiente brindis:

—«¡Ah! mi señó Infante on Francisco, va por la de usía, por la mujer, por la familia de acá y por la de allá.»

Excusado es decir el gracejo con que los Reales personajes acogieron la peroración del famoso espada.

Del *Labi* se cuenta que estando en una reunión de personas de la alta sociedad de Madrid, en la cual se distraían los concurrentes con distintos juegos de prendas, el dueño de la casa propuso uno que consistía en pensar una palabra y publicar la primera sílaba de ella, procurando cada uno de los concurrentes adiccionarla ó pagar prenda.

Tocó el turno al *Labi*, éste se resistió, pero instado por todos dijo que la palabra que tenía pensada empezaba por *Me*.

Apuraron los concurrentes el Diccionario sin encontrar la palabra pensada por el diestro y al declararse todos vencidos dijo el *Labi*:



—Siento en el *arma* que no la hayan adivinado, porque mi *cencia* es superior á ustedes: la palabra que he pensado es: *Menistro*.

Como comprenderá el lector la hilaridad de los

ria á curarse de unas heridas graves en el cuello y en el interior de la boca que le produjera al engancharle el toro.

El diestro creyó en un principio que la res le ha-



concurrentes no tuvo límites, al conocer la salida del gracioso espada gaditano.

* *

De Antonio Ruiz (Sombrerero) se dice que era tan absolutista en sus ideas políticas, que al matar un toro negro en la plaza de Madrid el año 1820 dijo á sus amigos los realistas que ocupaban un tendido:

—«Así se matan esos pícaros negros»; y dió una soberbia estocada á volapié.

El famoso espada aludió con esto á los liberales, que de vez en cuando le proporcionaban silbas mayúsculas.

* *

Este mismo diestro un día en que los liberales le dieron una pitada estrepitosa toreando en Madrid, fué á quejarse por ello á Fernando VII, quien dijo al diestro:

—Antonio, el público es muy respetable, sobre todo el público de Madrid.

—Señor, — replicó el diestro, — si se hubiera dado su merecido á todos los negros de España, no me silbaran en la plaza de Madrid, como sucedió esta tarde.

La contestación incomodó á Fernando VII, quien dispuso que el Sombrerero fuese desterrado de la corte.

* *

Toreando en Cádiz el difunto espada Manuel Fuentes (Boanegra), hubo de pasar á la enferme-

bia firmado el pase para el otro mundo y en el instante en que el médico más le recomendaba cerrarse la boca para que no escaparan las hilas que tenía dentro de ésta, dijole *Bocanegra*:

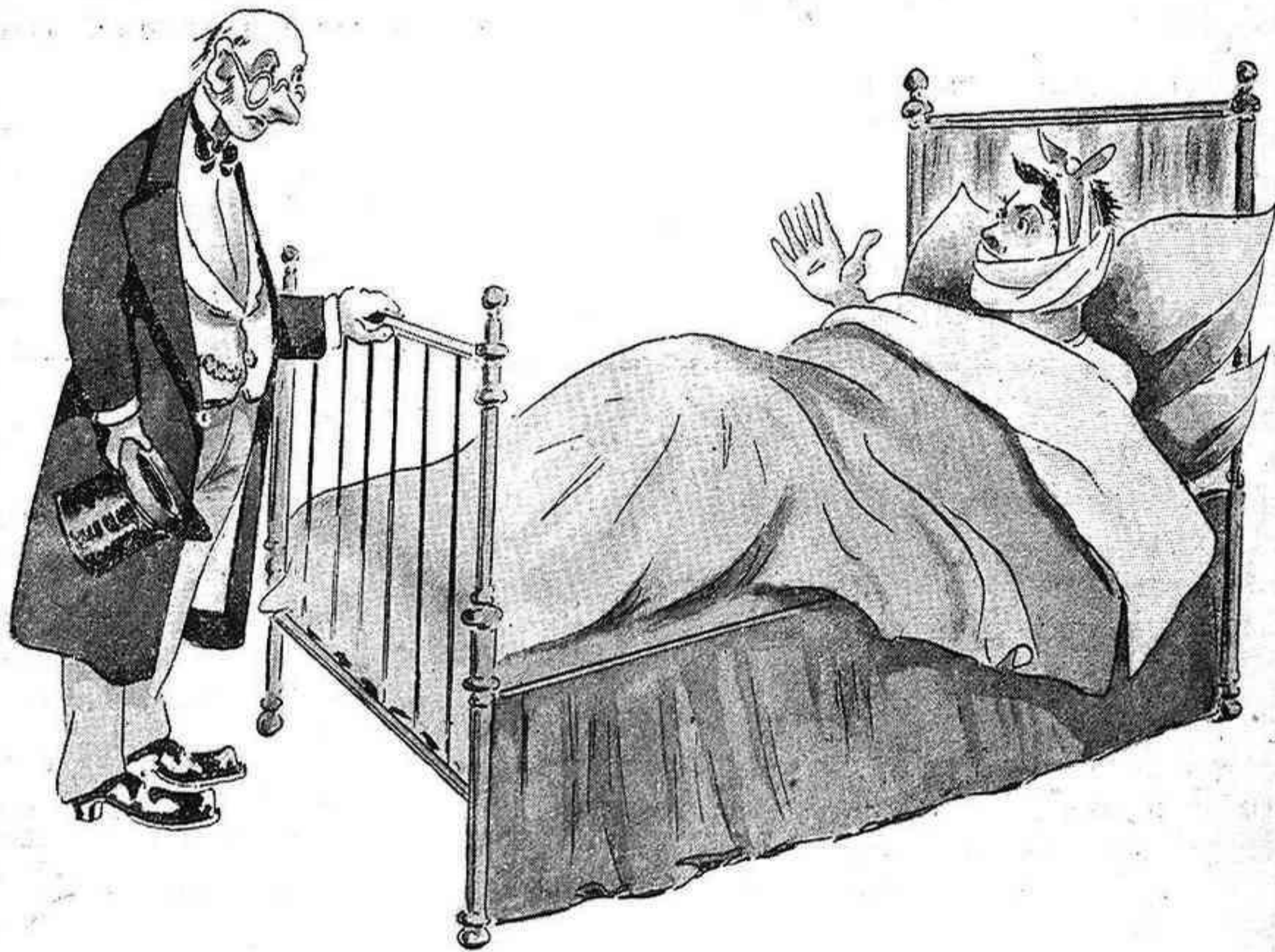
—«Señó dotó, ¿podré comé esta noche, porque no he tenido tiempo de almorzá esta mañana?»

Imagine el lector, la contestación que el médico daría á pregunta tan extemporánea.

* *

Uno de los hombres que de mayor popularidad gozó en España fué, sin duda alguna, el diestro *Curro Guillen*.

Demuéstralo la siguiente copla que aun, en la actualidad, se canta en Andalucía:



«Bien puede decir que ha visto lo que en el mundo hay que ver, quien ha visto matar toros al señor *Curro Guillen*.

El ilustre Jovellanos en la sátira segunda de las dos dedicadas «A Armesto» alude en esta forma á la competencia que sostuvieron Pedro Romero, *Pepe Hillo* y *Costillares*.

«Oye y diráte
de Cándido y Marchante la progenie,
quien de Romero ó Costillares saca
la muleta mejor, y quien más limpio,
hiere en la cruz al bruto jarameño.»

El inolvidable diestro José Delgado *Hillo* respetaba tanto las prácticas religiosas, que cuando torea-



ba en Sevilla, se pasaba toda la mañana del día de la corrida rezando en la capilla del Baratillo, con tales fervores, que aun se canta este motete en la bella capital de Andalucía:

«¡Que lástima me ha dado
de ver á Hillo
rezando en la capilla
del Baratillo.»

Hoy, esta costumbre, se ha perdido bastante; lo que no obsta para que

algún torero aun vaya en la capilla de la plaza á postrarse de hinojos ante la Virgen antes de salir al redondel.

M. MOLINÉ Y ROCA.

CAMAFEOS

I

RUBEN DARÍO

Lo que menos parece, á primera vista, es poeta. Su cuerpo débil y flexible, su rostro fresco de campesina; su cabellera peinada á la burguesa; su nariz pequeña y recogida, su boca sensual de labios rojos; su bigote blondo y rizado; su manera elegante de vestir, todo contribuye á darle cierto aire indefinible de agente de negocios ó de *sportman* rico. Es necesario mirarle con atención, en una de esas noches que el almanaque de su neurosis señala como días de trabajo, — con la cabellera en desorden; con las rosas de las mejillas convertidas en pálidas flores de cera blanca; con las manos inquietas; con la frente contraída por el esfuerzo y con los ojos dilatados, para sorprender en sus pupilas, un rayo ardiente del genio raro y complicado que supo crear el libro *Azul*, — collar magnífico en donde los tibios reflejos de la perla contrastan vivamente con el rayonar luminoso del diamante.

II

LECONTE DE LISLE

Una de mis viejas manías, es la de querer descubrir, en el retrato de los poetas que me son familia-

res, algunos rasgos que aproximen ó que confundan al artista y al hombre. Yo creo que el talento del escritor debe estar ligado á la figura del hombre por líneas y por facciones. Así, me sería punto menos que inconcebible la imagen de un Richepin que tuviese el perfil delicado de Coppée ó la imagen de un Bourget que tuviese la faz grotesca de Zola. El hombre, para mí, debe siempre parecerse á su obra.

Y si hay algún poeta que cumpla bien este que Teodoro de Banville llamaría requisito, es el autor de *Les Erinnyes* y de *Quain*. Su amplia cabeza de guerrero mitológico y su hermosa melena blanca y rizada, indican la sonoridad y la fuerza; su perfil griego y su nariz perfecta indican la pureza y la nitidez; su frente enorme y contraída por la reflexión, indica la profundidad y la sabiduría; sus ojos pequeños, negros y penetrantes, indican la novedad y el ansia del descubridor... En cuanto á la ironía cruel y á las malicias infinitas del *esthète* y del polemista, ellas están todas en la expresión de los labios, — de esos labios nerviosos y delgadísimos que apenas podrían ser copiados dignamente por los pinceles de Leonardo.

E. GÓMEZ CARRILLO

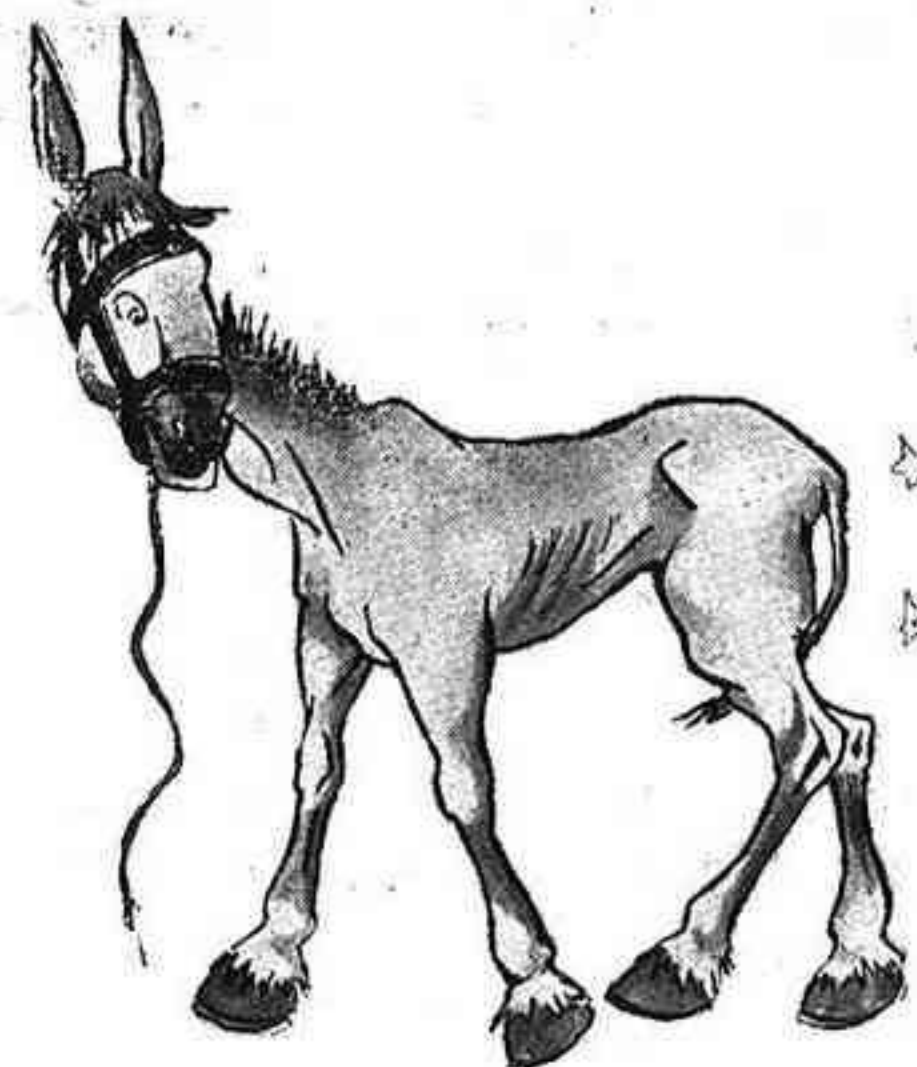
Paris.

CUENTO BATURRO

Se cuenta que el tío Felipe un buen hombre de mi pueblo tuvo el pobre en este mundo un fin terrible, funesto. Montó un día en su pollino,



animal vivo, ligero, de esos que alerta hacen ir al jinete más experto, pues, era de los que ponen en sentido paralelo las orejas y la cola y como un arco su cuerpo cuando se mueve una hoja ó les pica algún insecto. Entonando iba una copla, de nuestra jota por cierto, y muy lejos de pensar en lo que iba á pasar luego, cuando el borrico se para, da un resoplido tremendo, y lo mismo que un cabrito brinca lo menos seis metros, y al brincar, el tío Felipe, inepto para estos quiebros, perdió el equilibrio y ¡zás! fué á medir el santo suelo. ¡Y qué mala suerte tuvo! ¡Al pobre lo recogieron cuando su vida marchaba de su cuerpo por momentos!



Murió pues el tío Felipe por causa de su jumento, y el pueblo se conmovió ante tan triste suceso. Y su mujer y sus hijos de dolor y angustia llenos arreglaron á Felipe con el vestido más nuevo

que se ponía á las fiestas. Y así de fiesta vestido, muy resignado y sereno á rendir cuentas se fué ante el que juzga á los muertos. Cuentan que se presentó sin temor de ningún género, como si asistiera á un juicio de esos que en el mundo vemos, mostrándose franco á todos, con todos chirigotero, hasta que al fin un arcángel le impuso recogimiento. Un silencio sepulcral penetró en todos los pechos y una voz clara y sonora que infundió santo respeto, dejóse oír majestuosa, era la voz de San Pedro. Dos puertas grandes de plata ante su paso se abrieron y se cerraron apenas hubo ocupado su asiento. Mil angelitos y arcángeles daban imponente aspecto.

—Mortal, te llegó la hora, dijo á Felipe San Pedro, de rendir estrecha cuenta de tus actos, ¿entendemos?

—Sí, señor, cuando usted quiera, dijo aquél, ¿qué está usted güeno?

Yo güeno, gracias á Dios.

—Basta, basta, le dijeron, contestad cuando os pregunten. Y el apóstol majestuoso continuaba diciendo:

—Antes de ir á la presencia de un Dios tan santo y tan recto, el expediente que traes conviene que examinemos, porque tengo yo entendido que eres muy fuerte de genio y temo que irreverente cuando el fallo pronunciamos ofendas la majestad de Dios. Tomad asiento. El tío Felipe con calma acudió á tan cortés ruego



y ni el más leve rumor se oía en el firmamento. San Pedro tomó en sus manos un libro y dijo leyendo:

—Libro de los actos malos de Felipe.—Soy el mismo, pa lo que quieran mandar.

—Calláos, dijo el portero;



contestad cuando os pregunten.

Al tío Felipe estas frases lo llenaban de recelo y le hacían columbrar el temible descontento que con su mala conducta iba á excitar en el cielo.

—Ni de día ni de noche dejábais de ser blasfemo. ¡Seis millones de blasfemias!

—¡Qué horror! mil voces dijeron. Y Felipe con la vista dirigida siempre al suelo.

—Hablad, hablad, sinceráos, si no os espera el averno.

Decid: ¿por qué maldeciais el nombre de Dios excelso? Y las órbitas temblaron

y los ángeles pusieron sus celestiales miradas en aquel pobre energúmeno esperando temblorosos

que blasfemase de nuevo y que fuese aniquilado

por una espada de fuego. Felipe, sin inmutarse,

se levantó de su asiento:

—¡Miste, señor, dijo al punto, esto paice mucho cuento,

pero si se desamina con calma y detenimiento

verán que jui rematáu, pus yo mismo l' apruebo.

Pero ¡rediezla! ¿hay motivo pa hacer tantos aspavientos?

—Atad muy bien esa lengua ¡miserable! interrumpieron;

no excitéis más nuestra cólera, disculpáos, pero presto.

—Pus güeno, decía enantes que no soy un diablo negro

y se lo voy á probar si quieren agora mesmo.

Tenia un burro tan malo, que si no era maldijendo

y á fuerza de linternazos de él no sacabas provecho.

Si l' icías con dolzura: anda, maño, ves ligero, que d'ir al pueblo en seguía pa arreglar unos enredos.

Caminaba el animal como si pisara huevos, y distancias de dos horas las andaba en día y medio.

Si le pasabas la mano en prueba agradecimiento pur el lomo, ó el baticola

por cualquiera otro puesto, ¡arrimaba un par de coces que t' ejava patitioso.

Digame su señoría si se necesita flemo

pa no rompele á estacazos el esternón por lo menos,

y ponese uno á las malas y decir malos conceptos.

Muchos ángeles reían sin ser vistos, por supuesto,

porque el juicio de Felipe resultaba muy ameno.

—Contra un animal así, dijo Felipe, yo entiendo

que uno pierde los estribos, y á uno se le rompe el freno

de la lengua y dice pestes

y blasfemias y reniegos. Lo que yo siento, señor,

con el alma y con el cuerpo, es no haber espellejao

al burro, pus sus intentos hicieron que yo me vea

agora en estos aprietos. Y dejando á un lao el burro,

señores, iciles debo, que algunas veces el probe,

aunque diga algún reniego merece que lo perdonen;

si, señor, sin más remedio. Cuando dimpués del trabajo

iba á casa y junto al juevo alcontraba á mi mujer rodeada é los pequeños

gritando ¡pan! madre, ¡pan! me se crispaban mis nervios

y me cruzaba de brazos, y icía pa mis adrentos: ¡Rediezla! ¡mia que Felipe

lo que te pasa es mu serio, todo el día trabajando,

como si fueras un negro y aun así no pues llevar un zoquete é pan moreno

á tu mujer y á tus hijos que de hambre se están muriendo!

Y gritaba como un loco, y á lo mejor sin sabelo

dicía unas palabrotas que temblaba el menisterio.

Mi mujer m' aconsolaba que era un acontecimiento.

¡Qué geniecico, Dios mio! siempre que m' aluerdo tiemblo.

Me llegó á tomar la mano de un modo tal, que un cordero

tuve que ser á su lao pa evitar plaitos y enredos.

Pero á lo mejor venía y me se ponía en medio

y me quería pegar y hasta me pegaba creo,

y claro, yo me enfadaba, la agarraba del pescuezo,

la justicia es paño puerco y luego sube uno arriba

y se alcuentra con lo mesmo... Y cuentan que comió un niño

se mesaba los cabellos y que puso hecho una sopa

con lágrimas su pañuelo. Hasía que un querubé hermoso

le noticiaba á San Pedro que á la presencia de Dios

llevase aquel pobre reo... Entró, pues, el tío Felipe

al juicio del juez eterno, y no sé lo qué diría

ni lo qué pasó por dentro. lo cierto es que el tío Felipe

ya nunca salió del cielo.

J. BRÁNDEZ MARTIN

~~~~~

la justicia es paño puerco y luego sube uno arriba y se alcuentra con lo mesmo... Y cuentan que comió un niño se mesaba los cabellos y que puso hecho una sopa con lágrimas su pañuelo. Hasía que un querubé hermoso le noticiaba á San Pedro que á la presencia de Dios llevase aquel pobre reo... Entró, pues, el tío Felipe al juicio del juez eterno, y no sé lo qué diría ni lo qué pasó por dentro. lo cierto es que el tío Felipe ya nunca salió del cielo.



J. BRÁNDEZ MARTIN

~~~~~



¡Vaya un frío, lector amigo mío!
 ¡Caramba, si hace frío!
 Es un tiempo tan crudo el de estos días
 que no habré de extrañar que te acobardes.
 ¡Qué de toses, catarros, pulmonías!...
 ¡Qué mañanas tan frías!
 ¡Y qué frías las tardes!
 ¿Y de noche? ¡Gran Dios! Quien por la noche
 no puede hasta su casa ir en un coche
 soportar la humedad del frío ambiente,
 que hasta el hueso traspasa,
 y el helado relente,
 y llega, al fin, á casa
 dando diente con diente.
 Se adelanta el invierno.
 Convengamos, lector y buen amigo,
 que quien no tenga un terno para abrigo
 ¡soltará más de un terno!

* * *

Y vaya por las noticias frescas.
 Por efecto de la formación del partido liberal-
 demócrata, Moret se ha quedado helado, lo cual no
 obsta para que don Segis y el conde de Romanones
 estén echando chispas.
 Entretanto Montero Rios ha buscado abrigo y
 fuego con Canalejas y López Dominguez.
 Canalejas dará lumbre hasta que pueda decir: ¡Se
 acabó el carbón!
 Romero se había arrimado, en estos tiempos de
 frío monárquico, al sol que más calentaba.
 Ese sol era Villaverde y... va al ocaso.
 Y me dirás lector:
 —¿Noticias frescas? ¿A eso se reducen?
 ¿No hay otras más notables?
 No, señor.
 —Pues esas, en verdad, no me producen
 ni frío ni calor.

* * *

En Madrid, en una parroquia, —no dicen cuál—
 un joven contrajo matrimonio con una guapa moza.
 El individuo no le pagó de momento al cura los
 derechos que le correspondían por el casamiento, y
 le dijo que fuese al día siguiente á su domicilio, ca-
 lle... tal, número... tantos.
 El cura fué donde se le indicó enterándose de
 que allí no vivían, ni eran conocidos siquiera los
 recién casados.
 Y agregan que un testigo pedía que se denun-
 ciara el hecho para castigar al novio.
 Pero, el cura, resignado,
 le diría á aquel testigo:
 Yo no soy el engañado.
 ¿Está ese joven, casado?
 ¿Pues para qué más castigo?

* * *

Leo en un periódico:
 «Los estudiantes madrileños publican una carta
 proponiendo organizar festejos escolares para con-
 memorar el centenario del Quijote.»

No comento la noticia.
 Pero por ilación de ideas he recordado un hecho
 ciertísimo, un diálogo que oí en aquella Universi-
 dad precisamente cuando yo era alumno:
 —No conoces los clásicos autores.
 Lees sólo á modernos escritores
 que buscan nada más fútil motivo
 ó tema de ocasión
 para hacer un artículo festivo
 ó una composición.
 ¿Qué autor hay hoy de cuya pluma brote
 un torrente de frases abundantes
 tan bellas como aquellas del «Quijote,»
 de Miguel de Cervantes?
 —Hombre, Cervantes es un autor viejo.
 Algo suyo he leído.
 Y, eso sí, la verdad, me ha parecido
 que tiene algún gracejo...

* * *

¿Huelga de músicos?
 Una comisión de la Unión Musical ha visitado al
 gobernador civil para decirle que ó se admite en la
 orquesta del teatro Eldorado á un clarinete que ha
 sido despedido por el director, ó... ¡el paro general
 de violones, fiscornos, etc., etc!
 Si hay huelga dentro de poco,
 Cot, que es el director,
 le dirá al gobernador:
 —¿Y ahora yo qué pito toco?

* * *

Ya cayó Villaverde.
 ¿Qué tumbo, vive Dios!
 ¡Ni Colita, ni el Chano,
 ni ningún picador
 sufrió en toda su vida
 porrazo tan atroz!
 Cayó el gran Don Raimundo
 y Maura se elevó
 formando, como jefe,
 la nueva situación.
 A ver si Don Antonio
 que es un hombre de pro
 fracasa en poco tiempo
 y... ¡apaga y vamonós.

* * *

Supongo que todos ustedes, —todos, sin excepción,
 —tendrán varios números para el sorteo del gordo.
 Número en la peluquería, en el café, en la sastre-
 ría, en... ¡La mar de suertes!
 Pues bien: yo juego en un solo número: el de la
 suerte.
 Lo lleva una vecinita mía de búten.
 Es una chica muy bella
 y tiene una suerte loca.
 Fiando en su buena estrella
 juego bastante con ella
 y... ¡veré si algo me toca!

JULIO MARTINEZ LECHA



Nidos vacíos

Las maderas del balcón estaban abiertas, y los rayos del sol, atravesando los cristales, daban a los muebles ese tinte lúgubre que ostenta la Naturaleza en los tristes días de Junio. Los secos troncos de encina ardan en la chimenea. Por el espacio, en caprichosos grupos, cruzaban rápidamente las plumizas nubes. El viento un viento fuerte, huracanado, hacía gemir las ramas de los árboles. En el suelo veíanse aún los charcos formados por el último chaparrón.

El y ella contemplaban dulcemente las melancólicas bellezas del paisaje que tenían ante sus ojos. Cuando un montón de nubes se alejaba dejando al descubierto un gran trozo de inmensidad celeste, él se sonreía creyendo ver alegre cohorte de ángeles y querubines y hasta escuchar armoniosos ecos que cantaban la dicha de dos corazones unidos por el amor.

De pronto ella, golpeando el velador con su diminuta mano, exclamó con acento de niña mimada: «Quiero que vayamos al bosque á coger pájaros.» No se atrevió él á contra-

riarla, á decirle que era invierno, que los árboles estaban completamente desnudos de hojas, y que, por lo tanto, era una locura el ir á buscar nidos.

Hacia tiempo que no oponía resistencia á los caprichos de aquella adorable criatura, por raros que fuesen.

Envuelta en rico abrigo de pieles, corrió más bien que anduvo por la estrecha senda que iba á morir en la espesura, y siempre seguida por él, empezó á buscar nidos entre el ramaje. Nidos había, pero sin pájaros; nidos de la pasada primavera, en los que no quedaba ni una sola pluma. Cuando perdió toda esperanza de ver satisfechos sus antojos, acercóse á él, le acarició, y en tono de niño que teme ser castigado:—«¿No es verdad que soy muy tonta?—dijo—de seguro que te burlarás de mí!»—Pero él contestó con la melancolía propia del que ve frustradas sus más risueñas ilusiones:—«No tengo derecho para burlarme de ti .. Buscar nidos con pájaros, en el mes de Junio, no es mayor locura que buscar amor entre la nieve de tu corazón, helado como un nido de invierno!...»

CATULLE MÉNDEZ

OJEADA UNIVERSAL

(REVISTA DE REVISTAS)

Un «Cónsul» de nueva especie

En París primero, en Londres ahora, aparece todas las noches ante una concurrencia más ó menos selecta, perteneciente en su mayoría á la *fashion*, un caballero cumplido bajo todos aspectos, de amables y escogidos modales. No tiene más defecto que ser de baja estatura y de piel no muy clara; pero teniendo en cuenta que aun no ha cumplido cinco años y que ha nacido casi en el Ecuador, no hay quien extrañe tales detalles.

Se pasea, saluda, se sienta, monta en bicicleta con maestría verdaderamente asombrosa, lo cual patentiza que más de una vez se ha caído de la *béca-ne*, come con una pulcritud que ya quisieran para sí muchos *highlanders*, bebe, tan á menudo como



puede—y para fin de fiesta se desnuda ante el respetable público, no sin que resuenen algunos *shocking*, de pudibundas *mistress*. Por cierto que tiene gracia el modo de quitarse los pantalones. Para hacerlo se pone de cabeza en el suelo, levanta las piernas al aire y, con gran destreza, se quita aquella prenda que es probable que le sirva, antes que de utilidad, de horrible molestia.

Atiende al nombre de Cónsul, es obediente en grado sumo y no gruñe ni se enfada jamás.

¿Su historia? Nació en el Congo, lo capturó cuando tenía unos cinco meses un indigena que lo vendió á un belga, quien, á su vez, lo vendió al norteamericano que lo ha educado con todo cuidado. Es un chimpancé de pura raza, muy listo, muy mono, que *fara da se* si le dejan.

Duerme en su cama, como toda persona que se estima en algo; toma por las mañanas su ducha, operación que parece serle altamente antipática, pero que ejecuta para no trabar conocimiento con el látigo de su barnum, procede á una limpieza mi-

nuciosa de su cuerpo y... no se viste hasta la hora de la representación.

Tiene para distraer sus ocios un perrito de aguas que le teme como á la peste, y al que juega malas



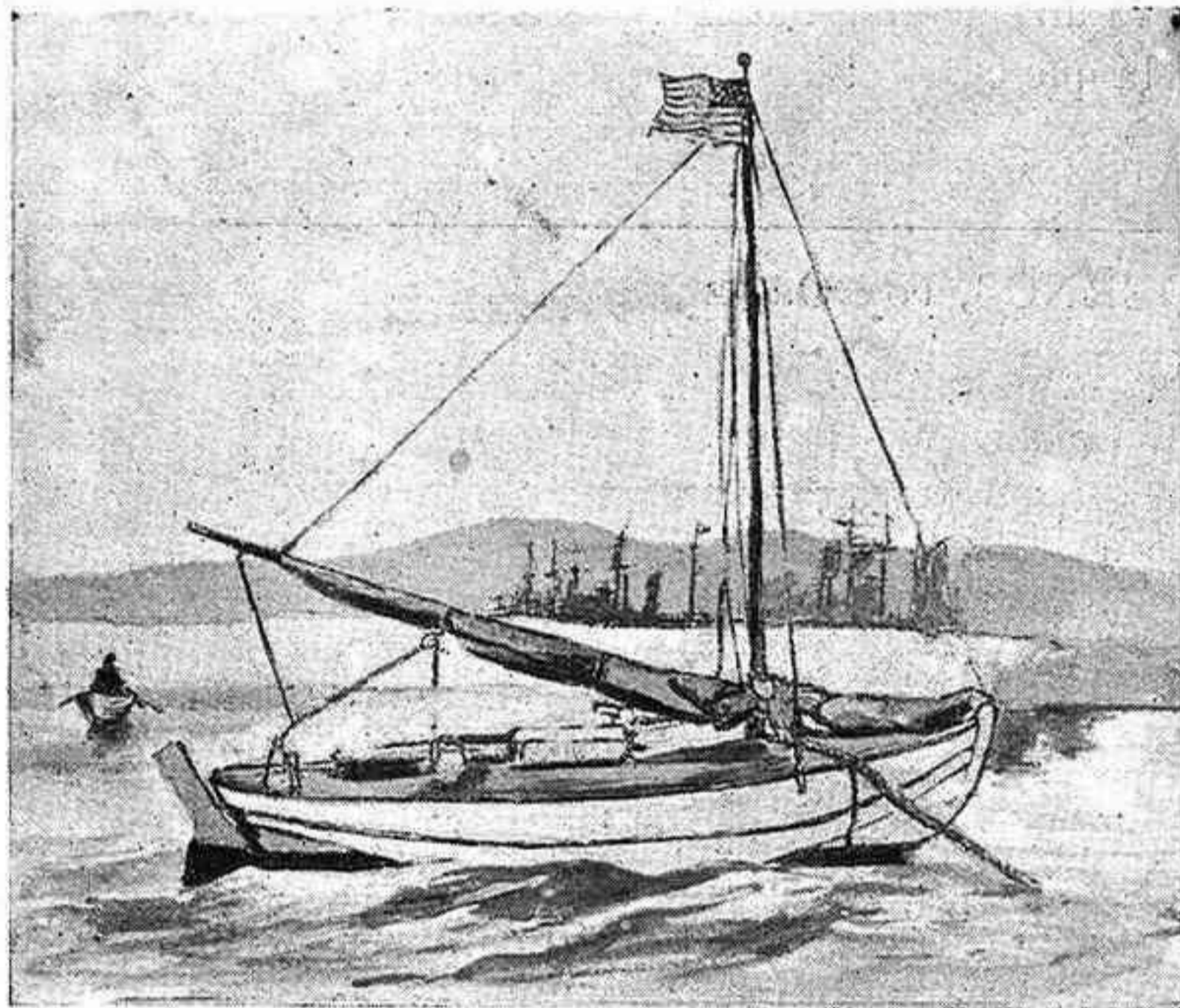
pasadas apenas se le presenta ocasión. Cúidale un negrito y parece que Cónsul comprende que el infeliz moreno es de una raza inferior, pues así como se muestra deferente con el blanco que le ha educado á palo limpio, no puede tragar al negro, que viene á ser su paisano ó poco menos. Hace algunos días le sorprendió su amo dándole una soberana paliza al negrito, á quien, además, intentaba echar por la ventana. Unos latigazos le hicieron entrar en razón y quejarse á su vez.

El capitán Luis Eisenbraun



Manda como dueño absoluto y es el «amo después de Dios» del bote de vela *Columbia II*. No ha de temer, como otros capitanes de transatlánticos, que

se le insubordine la tripulación durante sus viajes. Y la razón es muy poderosa: el capitán Luis Eisenbraun, que ha hecho la travesía del Atlántico, desde Halifax hasta Madera, en cincuenta y cinco días, iba solo á bordo.



El bote, que es de vela, reúne muy buenas condiciones marineras; el atrevido capitán es hombre de gran experiencia y muy ducho en su oficio; pero á pesar de ello ha estado á punto de costarle la vida su extraordinaria travesía. Un golpe de mar volcó su barca y permaneció el capitán muchas horas en el agua, hasta que logró reparar la catástrofe. Al día siguiente, otra ola se le llevó las provisiones de comestibles y de agua, y hubiese perecido á no ser porque dieciocho horas después un vapor inglés, el vapor *Greenbriar*, le socorrió proveyéndole de agua y comestibles.

Dentro de pocos días llegará el osado navegante á Londres, y después de descansar unos días emprenderá el viaje de retorno á los Estados Unidos, pues quiere que su bote figure en la Exposición de San Luis.

En Londres dará varias conferencias públicas el ya famoso capitán, explicando las peripecias de su viaje y las impresiones que en su ánimo produjeron.

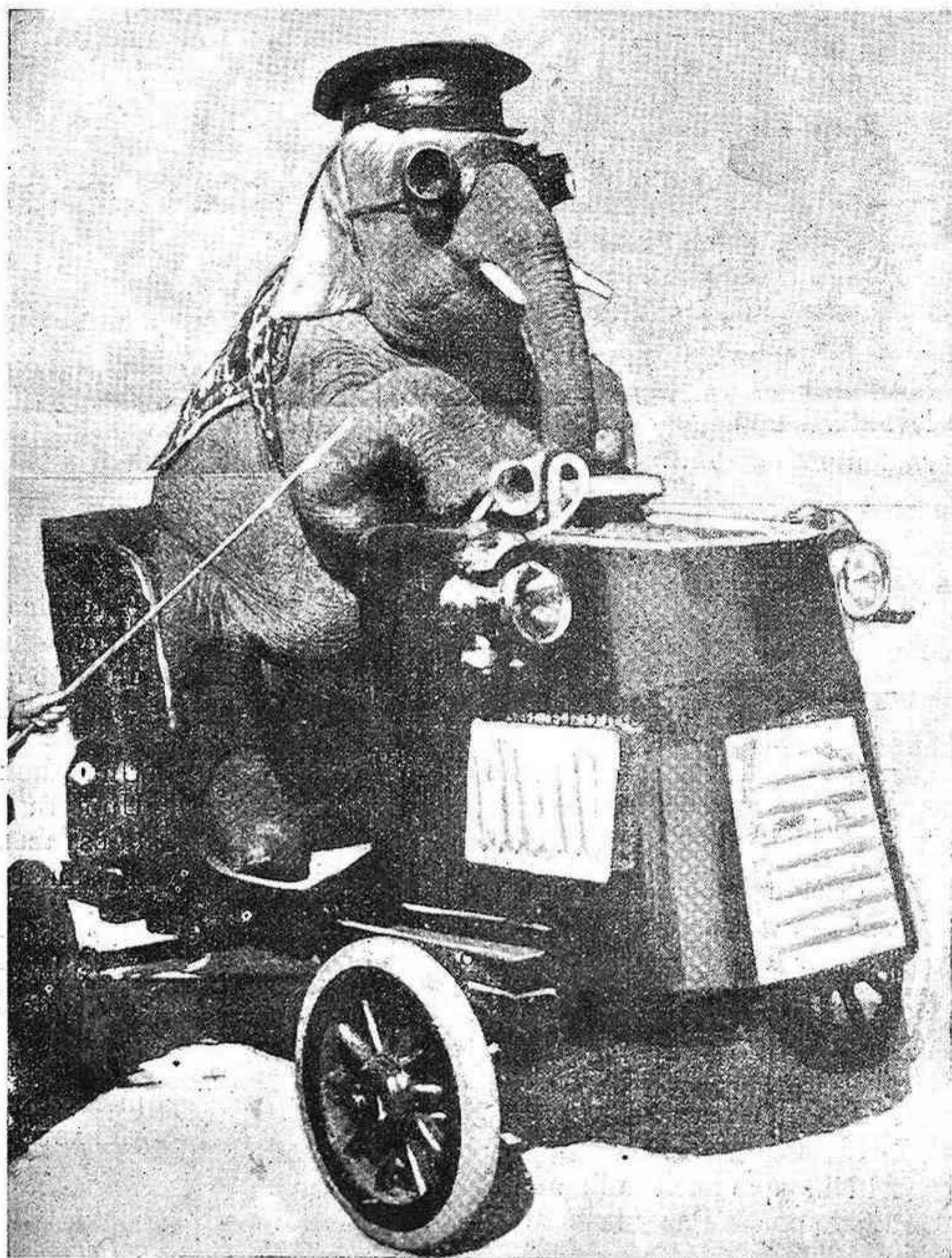
Elefante en automóvil

En el circo Rusch, de Berlín, se ha presentado al públi-

co una verdadera novedad: un automóvil de grandes dimensiones montado y guiado por un elefante africano, que, no por ser más pequeño que sus congéneres asiáticos, deja de tener una formidable mole.

Maniobra con gran desembarazo y perfecto conocimiento de causa el complicado mecanismo y parece experimentar un vivo placer cuando lanza su vehículo á una velocidad vertiginosa en torno de la pista central. Se sirve de su trompa con tanta habilidad como un *chauffeur* vulgar de sus manos, y asegura su barnum que si la policía se lo permite se compromete á hacer que su proboscidio corra por el paseo más concurrido de Berlín sin chocar con ningún otro carruaje ni atropellar á nadie. Es probable que no se le deje probar la cosa; pero dada la maestría con que conduce su automóvil no tendría nada de extraño que su domador esté en lo cierto.

Ese elefante, que se llama Hannibal, aun cuando no es probable que conquiste la Italia como su homónimo, tiene una habilidad y una destreza superiores á toda ponderación. Traza con su automóvil los dibujos que se le marcan en el suelo, regula la marcha y permanece impassible cuando el mecanismo da alguno de esos estallidos que asustan á los *chauffeurs* del género humano.



El asunto Dreyfus

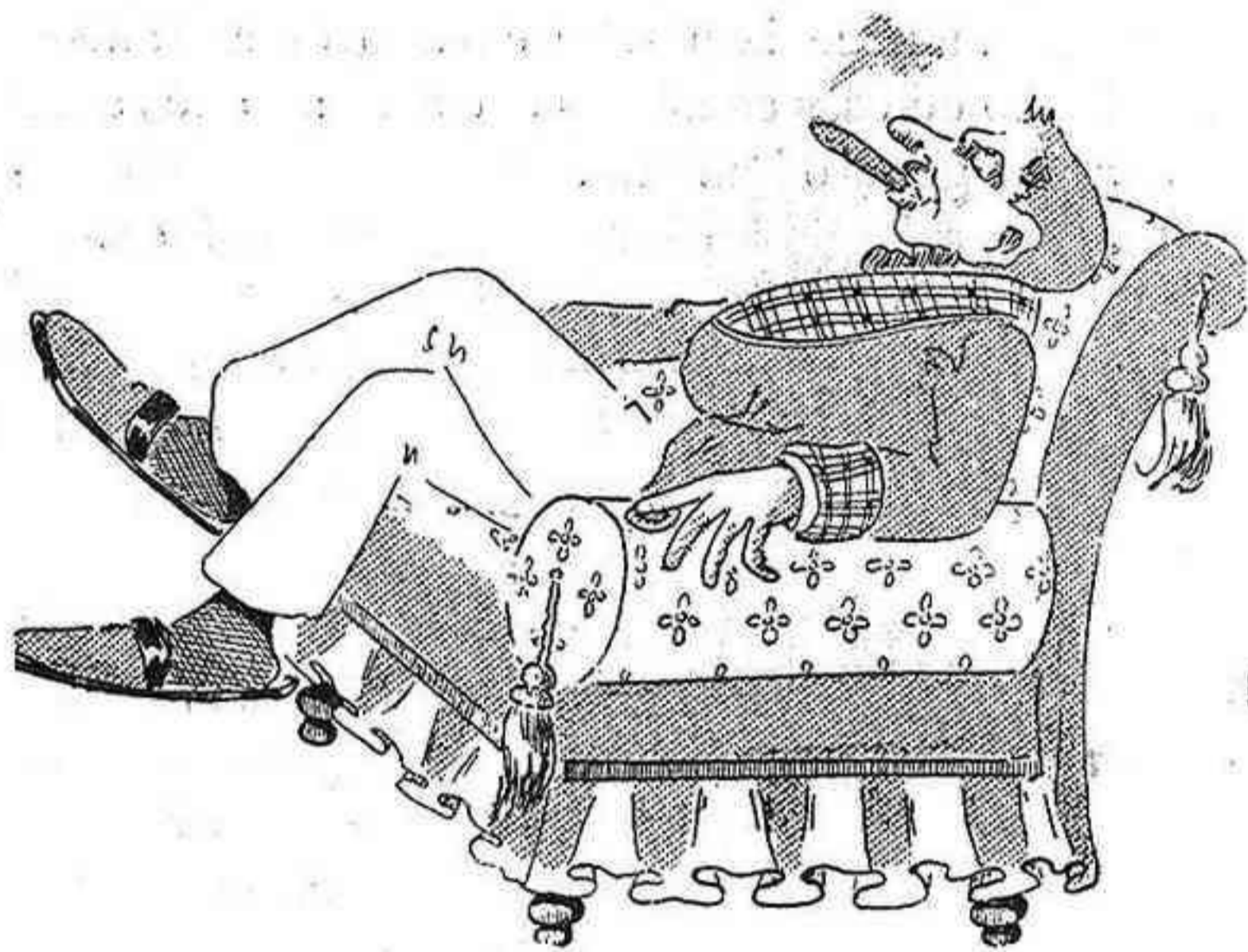
Como esos cadáveres que las aguas del mar arrojan á la playa en demanda de sepultura, el asunto Dreyfus vuelve á la superficie de la política francesa y amenaza renovar los odios que estallaron con tanta violencia antes y durante el proceso de Rennes.

Parece demostrado de un modo evidente que en aquella ocasión se ocultaron una porción de documentos que eran favorables al acusado y que, por

lo tanto, se impone una nueva y definitiva revisión. Mucho se expone, sin embargo, el gobierno que la decreta. Si no castiga á los culpables aunque inocente Dreyfus, tampoco quedará la opinión pública satisfecha. Y si se decide á castigar con firmeza, puede que le sienta mal al ejército y que se promueva una gran agitación nacionalista, más temible que la que costó el destierro á Deroulède.

TEUFEL

LOS INVENTOS MODERNOS, POR ORTIZ



¿Qué está usted cansado de no hacer nada y desea levantarse de la cómoda otomana? Pues aprieta ligeramente un botón...



Y se levanta usted sin incomodarse ni hacer el menor esfuerzo. ¡Ajajá!

Nacimiento del Mesias

I

Las doce son: sobre la azul esfera
brilla la luna con encajes de oro,
y vierte perlas cual amante lloro
el rocío en la rústica pradera.

En Belén de Judá el orbe espera
ver de Natura el gigantesco coro,
y sentir de las Gracias el tesoro,
en el portento que Jehová ofreciera.

Allí el misterio divinal se ha visto;
allí un establo se convierte en gloria
para ángeles, zagalas y pastores.

Al Niño que naciera llaman Cristo,
unjido por la Paz y la Victoria,
mas llevando la cruz de los dolores.

II

El cuadro forma de la Sacra Escena
en el establo de Belén piadoso,
un Niño que ha nacido, tan hermoso,
como la imagen de la gloria plena.

Una VIRGEN con rostro de azucena,
Un PATRIARCA con título de *Esposo*,
la ESTRELLA que en el éter luminoso
de inmensa claridad el orbe llena.

El coro de los ángeles y greyes
que adornan tan piadosa maravilla,
acatando de Dios las santas leyes,

doblan en el pesebre la rodilla,
mientras llegan atónitos TRES REYES,
y el ASTRO DE JACOB fúlgido brilla.

FEDERICO FLORES GALINDO

Callao, Perú - 1903.



LOS TEATROS

CARTAS Á JUAN PAGANO

Mi querido Juan: Recibí las tuyas en que repetidamente, dando muestras de una curiosidad infantil, me instas para que te hable de la carta que «varios concurrentes al 4.º piso del Liceo» me han dirigido protestando de mis juicios sobre este teatro. Te complaceré por ser tú ¡oh amado Pagano, símbolo y compendio del público tu homónimo! quien me lo pide.

Tienes razón al suponer que esa carta ó procede del propio cosechero ó empresario ó sus autores son parientes cercanos de aquel corregidor de Almagro que se murió de pena porque á un vecino le habían sacado el chaleco corto. Sea cualquiera la procedencia, es lo cierto que á sus autores no les llama Dios por el camino de la abogacía. ¡Claro es que cuando las causas son malas no hay abogado bueno, pero ¡resulta tan sencillo no aceptar la defensa! En fin, ya te convencerás de que el anónimo ó anónimos comunicantes no saben por dónde se andan.

Empiezan censurando mis juicios de hoy porque en el número 155 de **PLUMA Y LÁPIZ** decía que la empresa anunciaba reformas en el Liceo y que la temporada «prometía ser una de las más brillantes que haya habido, teniendo la empresa gran empeño en que así suceda, por ser el último de los cinco años por los cuales le fué concedido el teatro.» Ya ves si hay gente desagradecida en el mundo, amado Juan, y su manera de discurrir. Si la empresa anunciaba reformas á son de bombo y platillo en todos los periódicos ¿no había yo también de decirlo? Ahora: si esas reformas ó no resultan buenas ó no son tales reformas ¿me he de callar como los

cronistas de casa y boca? ¿No hubiera sido una descortesía dudar por adelantado de la palabra de una empresa que *por mor* de terminar ahora su contrato debería haber puesto todo su empeño en dejar satisfechos á la Junta del Liceo, á los abonados, al público, etc.? «Prometía ser una de las más brillantes.» Sí, pero no se han cumplido las promesas. ¿Dónde está en mí la inconsecuencia con que se pretende cogerme los dedos? En tal caso la empresa.

Siguen diciendo *los concurrentes* (!);

«Es falso que la inauguración resultara un fracaso; falso que los abonados estén enojados; falso que en las filas de butacas no hubiera el espacio reglamentario...»

Respecto al primer punto no hay más que hojear la prensa del día siguiente al acto: á ella me remito; respecto al segundo ahora se me va á hacer creer que los abonados están más contentos que unas castañuelas y desean elevar al señor Bernis un mensaje de entusiasta agradecimiento por haberlos aumentado el precio del abono á cambio del gran beneficio que les reporta el haber suprimido la concha del apuntador; en lo tocante al tercero, el empresario, digo, *los concurrentes* (!) discuten de mala fé; yo no dije que en las filas de butacas no hubiese el espacio reglamentario. Ni lo sabía, ni me importaba; dije sólo que anunciaba como una gran reforma el que en esta temporada lo hubiera (*Noticiero Universal*, órgano «de la casa» viernes 13 de Noviembre, edición de la mañana, tercera página, quinta columna) y expuse mi creencia de que era excesivo vender como reforma lo que no era mas que cumplir con las ordenanzas teatrales.

Luego añaden: «lo de la concha del apuntador es una de las mejores reformas que podían introducirse.» Insisto en que no adivino su ventaja para el público y menos para los *concurrentes al 4.º piso* que todo lo ven á vista de pájaro y la concha no ha de privarles ni de una galga de una bailarina ni de un coturno de un tenor. Pero... pase que sea una reforma, siempre que no sea pretexto para aumentar el precio de los billetes. Por eso si que no paso.

«No contestamos á lo del alfombrado—continúan propinándome—por no conocer los datos que indica... Bueno: pues estudiarlos... «á lo de la orquesta por no estar conformes con esta reforma»... ¡Ven ustedes como yo tenía razón?... ¡Chóquenla ustedes!... ¡Concluiremos por ser buenos amigos!... «y á lo de fumar porque en los pisos 4.º y 5.º se permite fumar en los corredores.» Muy mal hecho y de ello paso aviso al gobernador civil... ¿de modo que no sólo anuncia la empresa *reformas pour rire*, sino que encima no las cumple? Lo digo porque yo no puedo poner en duda lo afirmado por el «órgano de la casa» que dijo:

«Se prohibirá en absoluto fumar en sitio distinto del salón de descanso y de los salones-café de los pisos cuarto y quinto» (*Noticiero Universal*, viernes trece Noviembre... etc. etc.)

Siguen los amables comunicantes:

«Sepa el señor Franco que aunque todo Barcelona sabía que tenía, que inau-rarse (a temporada) con ópera nueva, ésta ni siquiera llegó á anunciarse en la fachada del gran teatro» Aquí los señores del 4.º piso me meten en un mar de confusiones. Toda Barcelona lo sabía, ustedes lo reconocen y

me lo confirman y la empresa no lo había prometido? Vamos: lo que quieren ustedes decir es que *La Dannazione* no se suspendió después de haberse anunciado en los carteles. Estamos conformes; tampoco he dicho yo eso... sino lo otro.

Pasando por alto la defensa que mis anónimos amigos hacen de la señora Berlendi y los señores Blanchard y Torres de Luna (al tenor se lo comen) estimadísimos artistas á quienes no he faltado ni censurado siquiera y de la ópera de Berlioz, porque eso es cuestión de apreciación, me anuncian «que las *infernales* vestimentas del *Menuet des Fo-*

llets han sido ya substituidas.» Perfectamente; pero si no tenía yo razón al calificarlas de *infernales* ¿por qué han sido substituidas? Hubiera la empresa empezado por substituir las desde la noche del estreno y yo no hubiera podido decir nada en su contra. ¡Chóquenla ustedes otra vez!

Después viene, querido Juan, la acostumbrada serie de groserías y amenazas ocultas, de las que te hago gracia, porque eso, ni á ti ni á quienes lean esta carta, interesa en nada.

De modo que aquí me tienes colibido sin poder

decir que me parece una tontería de á folio intercalar en una obra escrita en italiano la traducción de un relato en lengua distinta, de la misma manera que me hubiera parecido una cursilería digna de los martes de las de Gomez, meter un relato en italiano en la ópera de Manen escrita en catalán y que la obra «Acté» del joven compositor y afamado violinista estrenada la noche del jueves 3, si bien acredita el indiscutible talento de Manen; no resultó un éxito completo; á juzgar por lo que dice de ella hasta el órgano de la casa (*El Noticiero Universal*, edición de la mañana del 4 de corriente) pues

yo no pude permitirme el lujo de verla. Total: de fracaso en fracaso.

En fin, que con unas y otras cosas no me queda tiempo, espacio ni humor para contarte nada más de los restantes coliseos.

¿Con qué pagará el señor Bernis el reclamo que hago á su teatro ocupándome tanto de él?

Que le pasen la factura los «varios concurrentes al 4.º piso del Liceo.»

Perdona la lata á tu inseparable

PEDRO FRANCO.

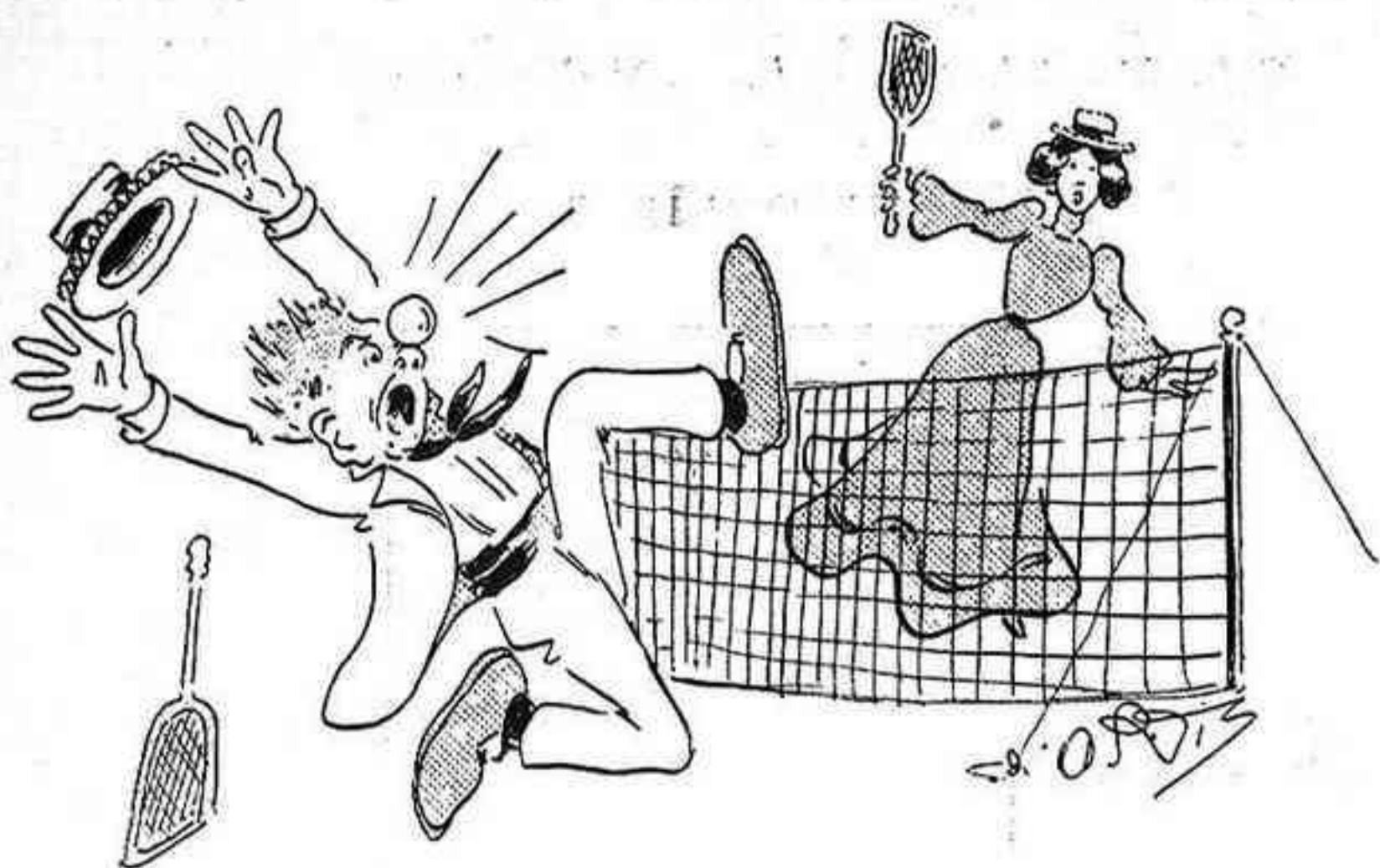
SUEGRO Y YERNO, POR SIERRA DE LUNA



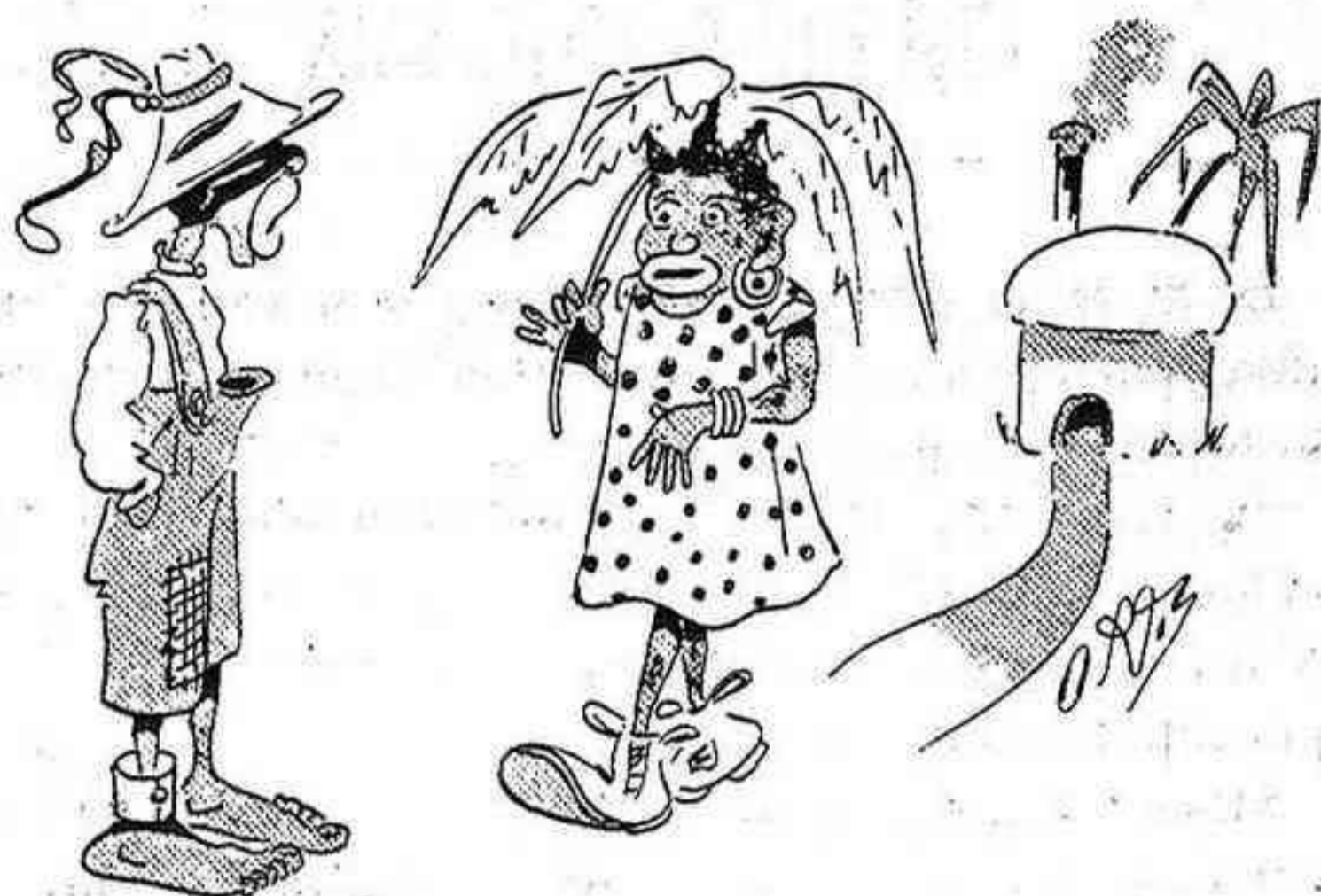
—Si no abandona usted á esa... amiga que tiene, no consentiré jamás que se case usted con mi hija.

—Pero ¡si no sé cómo desprenderme de ella!...

—Muy sencillo: traspásemela á mí.



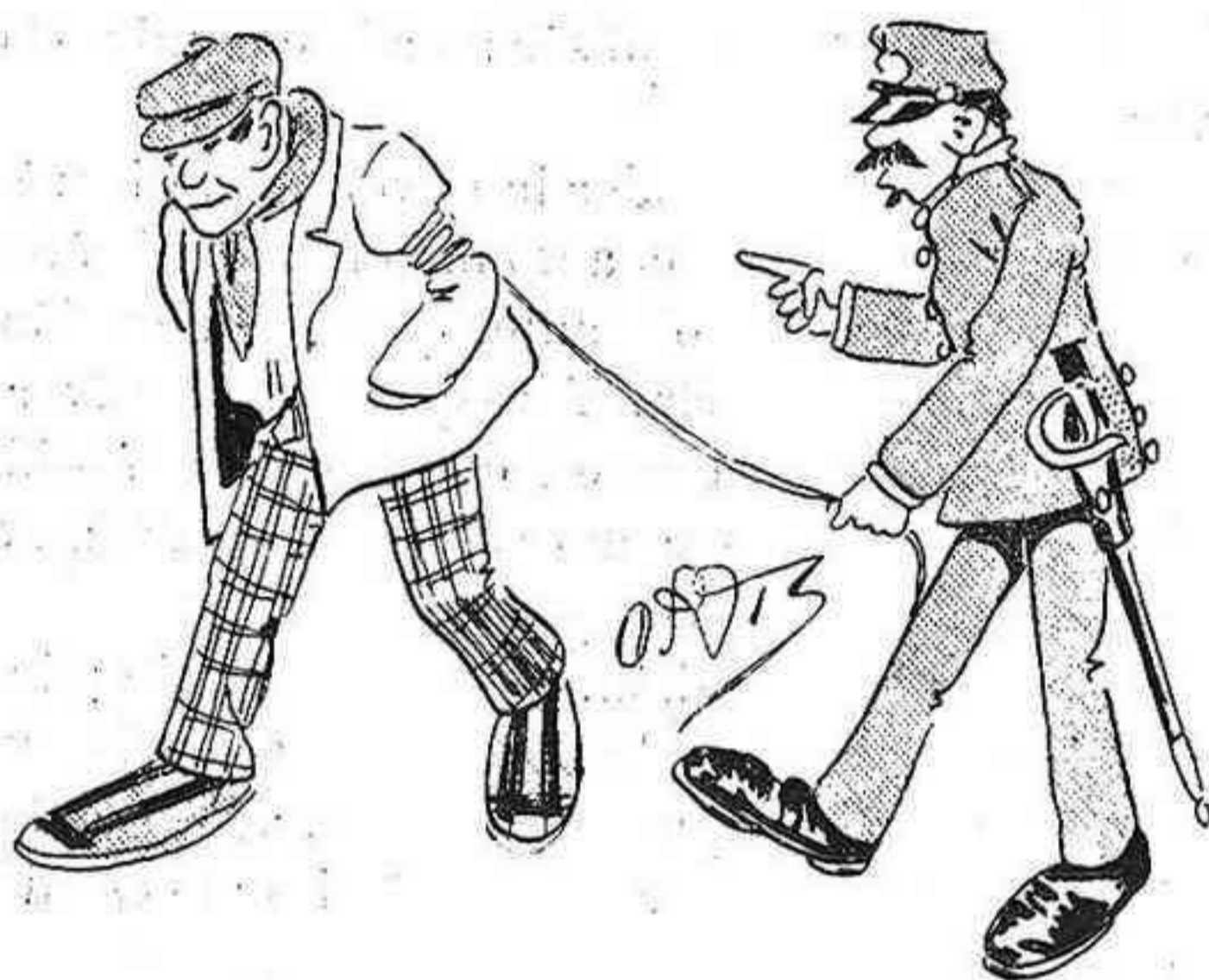
Sé firme en esperar, que de este modo algo le llega al que lo espera todo.



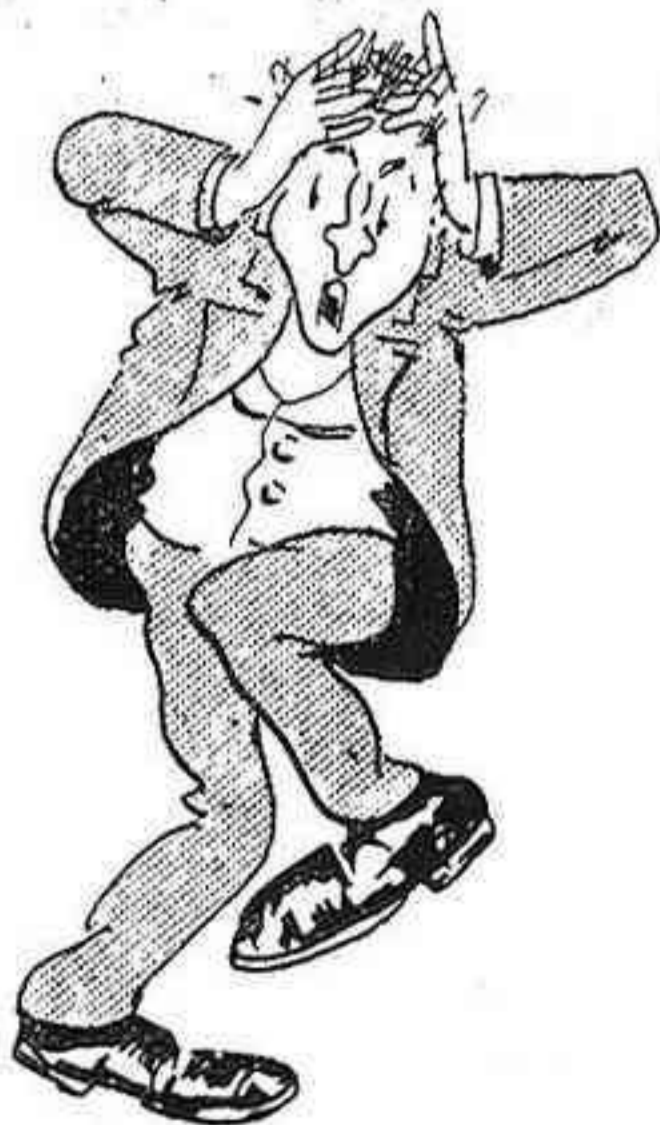
¡Qué formas de belleza soberana modela Dios en la escultura humana!



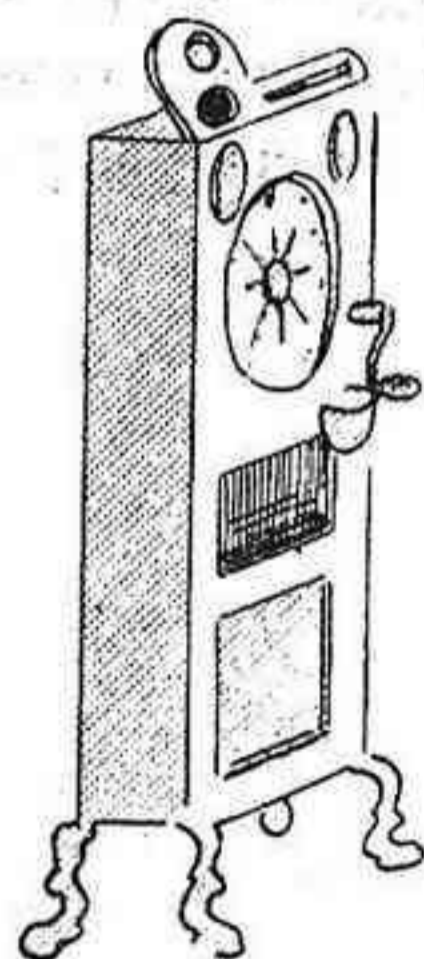
Siempre es para vosotras peligroso un ánimo aguerrido y un uniforme hermoso.



Donde quiera que voy, hace el destino que te halle casualmente en el camino.



Se oye á los seres que nos son queridos poniendo hasta en los ojos los oídos.



Aunque ve que le engañan con frecuencia no se quiere curar de su inocencia.

Batiburrillo

CORRESPONDENCIA

D. F. R. G.—Esas *Nubecillas que pasan* son bonitas; pero ¡tenemos tantos artículos en cartera esperando turno pacientemente!...

D. A. V. M.—Madrid.—Tendré mucho gusto ¿y cómo no? en publicar sus versos, pero debo advertirle que aquí no se abonan más trabajos que los que solicita la dirección.

Mis afectos á su papá. ¡Ah! Y *trallazos* no se escribe con y griega. Es una pequeña observación.

D. M. E. y G.—No están mal de forma, aunque pudieran estar un poco más cuidados. ¡El pensamiento es lo que resulta vulgarcito!

D. N. T. N.—Mahón.—Se recibieron oportunamente sus versos. Pero ¿cómo decirle á usted sin molestarle, que no tienen nada de particular? Son las eternas endechas al sér amado que ¡ni por esas se conmueve!...

D. L. C.—En mi poder la novelita que leeré con todo el gusto que leo cuanto me envían mis favorecedores. Temo, no obstante, que su extensión no me permita utilizarla. Y respecto á devolver los originales, ¡si viera usted qué molesto y fastidioso es esto, recibiendo como se reciben diariamente veinte ó veinticinco composiciones!...

D. J. C. y V.—Mahón.—Cojo su artículo y leo:

«Era una mañana hermosísima de primavera. Los pájaros cantaban en la enramada. Las flores salpicadas de rocío abrían sus pétalos al beso de las auras...»

¿No le parece á usted—sea usted franco—que no hay manera más... más... más... trivial de comenzar un trabajo?

D. L. J.—Las había recibido, pero la especial confección del periódico me impide contestar tan puntualmente como fuera mi deseo y sin duda también el de los escritores que me honran con sus escritos. Los de usted son aceptables y veré de hacerlos un hueco; pero ¡por Dios! no me meta prisas, porque no sé cuándo podrá ser.

CUENTOS

Se marchó á América un individuo, y la mujer, aprovechando la ausencia, tuvo relaciones con otro sujeto.

—¡Mujer—le dice una amiga—parece imposible que observes esa conducta, estando ausente tu marido!

—Mis relaciones son *licitas*.

—¿Cómo que son *licitas* esas relaciones?

—Ya lo creo; son *licitas* desde el momento en que mi marido, se marchó *al otro mundo*.

* * *

Un enfermo tuvo junta de médicos á quienes les dijo:

—Señores, déjenme ustedes morir *de muerte natural*.

Solución á la charada:—Malcarada.

JEROGLIFICO



Eça de Queiroz

La ciudad y las sierras, obra póstuma del eminente novelista portugués, Eça de Queiroz, es digna hermana de *La reliquia*, publicada también por la casa editorial Maucci, y puesta á la venta recientemente.

Es una sátira llena de donaire del exceso de civilización y un canto á la vida natural, sin que en una sola ocasión se desmienta el exquisito talento del notabilísimo escritor.

Pocos libros se leerán con más gusto, ni dejarán impresión más grata, pues en la forma como en el fondo. *La ciudad y las sierras* es la obra acaso perfecta de un gran artista.

La traducción española, hecha por el notable poeta Eduardo Marquina, es correcta y fiel, y la presentación del libro elegante y sencilla.

En breve esta misma casa editorial publicará otras varias obras del gran novelista á quien sus paisanos acaban de erigir una estatua.

Tipografía Maucci, Mallorca, 166.—Barcelona.